

La Rutina de María

Myriam Amparo Espinosa
Universidad del Cauca

Según comentaban en casa, quise ser. Suficiente. Salir sola a la calle, competir en fuerza y conseguir mi plata. -Nada de protección, ¡Seré fuerte!- Me decía una y otra vez. En la casa era claro que salir solo a la calle hasta tarde, coquetear y tener plata era de hombres. ¡Eso, coquetear!, ¡Cuánto me costó! Cuánto aún me cuesta. Jugué a ser capaz. ¿Podré yo conquistar? Mi madre respondía: -eso no se hace, una mujer espera; no olvide: "el hombre propone y la mujer...."-.

Siempre he pensado que ser hombre es estar instalado, de entrada, en una posición que implica poderes y privilegios, pero también deberes y todas las obligaciones inscritas en la masculinidad como nobleza. Como en el caso de la virilidad, que debe ser probada y además, comprobada por las mujeres a través de las conversaciones, extremadamente frecuentes, sobre tópicos sexuales.

Me hice fuerte y teniendo el modelo de 'ellos'. No. Mejor el de él, mi padre, músico por cierto, funcionario público, de esos que trabajaron cuando el ferrocarril pasó sus rieles por todo el país. Mi padre salió en el cincuenta del campo, porque, me decía, había líos como hoy, era liberal llerista, pero más conservador que los conservadores en sus valores cotidianos y frente a la mujer. A él le gustó por un tiempo la ciudad porque allí consiguió trabajo y pudo tener a sus hijos, aunque más adelante de nuevo se fue por los mismos líos.

De ellos, de sus cuatro hijos es que yo quiero hablar. Dos mujeres y dos hombres: Magdalena y yo. María, con eso les digo todo: bien cristianos que eran mis padres. Mis hermanos se llaman Alberto y Víctor. Ella, mi hermana, es poetiza. Hasta me regalo este verso:

Esta imagen no pasa

Tus manos diminutas

Distraídas

Limpiando las metrallas

Sacándoles el brillo

Como si fueran flautas.

Mis hermanos y yo fuimos hijos de esa guerra, la del 50. Mis hijos o nuestros hijos, de la otra, la de los 80 y los 90 y ahí vamos. Creo que a nosotros, nos ha acompañado el miedo, o somos hijos de él. Hoy lo pienso así.

Tal vez por eso mi padre peleaba tanto con mi madre, se golpeaban, se trataban a distancia, ella descansaba mucho cuando él viajaba. Era hija de una costurera y un hombre de campo que también fue a la ciudad en los tiempos de la promesa del progreso, la mayor de dos mujeres, en medio de seis hombres, para frustración de sus padres, porque según decían mis abuelos, tenían que haber nacido mujeres, -cuando ellas son sólo el medio de producir varones legítimos. A decir de mi abuela, es malo que nazcan mujeres, por la vida que les tocará. Yo creo que mi abuela ya sabía sobre el poder mágico y naturalizado de la dominación.

Ella sabía lo que pasaba al excluir a las mujeres de los lugares claves de la política, la guerra y de los quehaceres, como convertir la sangre y el cuerpo de Cristo en vino. Así también se nos excluye de la posibilidad de adquirir esas disposiciones, las que ellos logran al frecuentar esos sitios. Por eso se nos genera esa «ilusión y engaño», casi mágicos y originales, que dan apariencia natural a las actitudes que el mundo nos

asigna, tanto a hombres como a mujeres. De esta manera, el dominante es también dominado, pero por su propia dominación, algo que realmente hace una gran diferencia porque es el poder hipnótico de la dominación.

Yo creo que mi papá también descansaba cuando viajaba. Afortunadamente el trabajo se lo exigía con frecuencia, parece que eran parejas que se trataban así, pues nunca ninguno de los dos se fue. En ellos el torbellino que decía 'sí me querés porque no me tumbas' era memoria del amor. Si él no regresaba ella lo buscaba como fuera para que no olvidara su obligación. Mi mamá recordaba las cartas de seducción que él le enviaba y cómo ella se casó virgen y virtuosa. Fue una esposa según mandaba todo el precepto cristiano, se despojó de toda pasión y aceptó a su marido como si no la tuviera. No sentía ninguna atracción por su marido y en rigor hacia ningún hombre, pareciera que nunca hubiera sentido ninguna inclinación hacia la sensualidad, nada le provocaba ni placer ni repugnancia.

Ello era venganza por la dominación masculina, colocando a los hombres en el deber de la violencia y en el monopolio de la palabra, esta relación de gobierno diario nos condena como mujeres a una violencia dulce. Mi madre tenía una forma de respuesta inadvertida frente a lo cruel que le era el hecho de que lo masculino detentara todo el prestigio.

Su espíritu con el tiempo se fue tornando más precavido, temía a todo y para aliviarse se replegaba en un mundo de viejas fantasías, donde ella era la protagonista, recordaba su capacidad de cantante y de artista orfebre, pero cualquier acontecimiento por inusual lo consideraba peligroso, nos miraba con temor, poco a poco cuando el piso le flaqueaba bajo sus pies, fue acudiendo a Dios, pero ni siquiera allí encontró consuelo, lo que contribuía a atormentar su conciencia; ni siquiera podía esperar una muerte con cristiana resignación. Así, muere atrapada, sin ningún escape.

Nosotros, sus hijos, heredamos esa mezcla extraña de vida, la que se mueve en preceptos patriarcales y el miedo. Alberto fue un hombre que llevó al altar a una mujer virgen. Víctor murió casto. Magdalena guarda los preceptos de mamá; pero María es la negación de los mismos, por ese esfuerzo de no ser nunca como

fue mamá.

Recuerdo que Víctor se orinaba hasta grande, le dije que fuera a mi cuarto y lo acompañaba al baño, pero me comentaba que no podía salir de su pieza, porque el miedo crecía y crecía en la noche, era más grande que la puerta y no lo dejaba salir. Este miedo era pequeño en el día y se guardaba bajo la cama, pero siempre lo acompañó. Por eso cuando Víctor creció más, se hizo asmático, con su silbido arrullaba el miedo y yo no me atrevía a ir a su cuarto.

Mi hermano era alto y delgado, pero su asma lo hacía ver encorvado. En el tiempo en que ni el miedo ni el asma le ganaban, él sonreía y hacía versos. Un día no pudo más. El miedo salió con fuerza de debajo de la cama y Víctor se quedó encerrado con él. Se puso a leer a Silva para poder entender, pero no lo logró. Entonces se dio un tiro. En la cama, acostadito con el libro abierto en el escritorio, un hilo de sangre pasó por debajo de la puerta y mi mamá se dio cuenta.

Yo creo que desde ahí, a mis hermanos y a mí el miedo nos acompaña. Le decimos que no moleste y lo calmamos de muchas formas: trabajando, escribiendo, viendo a los hijos y enfrentándolo con rutinas. Al miedo no le gusta que lo vean, ni que lo cojan, él se entró a la casa, porque venía detrás de mi padre, a mi padre se lo pasó mi abuelo, a mi abuelo su otro padre y su otro abuelo, así poco a poco; incluso se fue yendo hacia atrás, hasta llegar a los no familiares pero igual ellos también lo traían, pegado a su espalda como una mochila llena de piedra. Aun no hemos podido sacarlo.

Alberto, mi otro hermano probó caminos para huir del miedo. Se puso vestido Oliva, un arma al cinto y tomó un bando. María se fue de la casa, por ciudades y campos, hizo lo mismo, se llenó de utopías y se sumó a la guerrilla. Se dijeron chao, somos contrarios. Ahí supo que ser 'ella' o 'él' a veces era lo mismo; no importa el bando porque allí uno, vestido de oliva, siempre obedece. Además, en la casa, en el trabajo, en la misa y en el colegio también, siempre se obedece. Claro, los hombres con sus jornadas y su derecho a varias mujeres, nosotras castas o fatales; pero en cualquiera de los dos caminos dulcemente violentadas.

La autoridad es la misma para uno u otro, claro que quienes mandan más son ellos, aunque ellas son las madres que crían y ven como crecemos, aún recuerdo

cuando mamá decía: no llore miijo sea fuerte como varón. Igual se hablaba entre los de oliva: sea macho miijo, a ver, ¡cien de pecho mi soldado!. Nosotras en el otro bando, también teníamos vestido oliva, nos recordaban la necesidad de la disciplina y el matutino para ser capaces frente al enemigo, aunque fuera para correr y no ser alcanzada, porque afortunadamente a mi no me tocó abrir camino, sino en retaguardia, además hay que cuidarse de ser muy "macha" porque vienen la competencia y el exceso de trabajo.

Suena fácil decir que nosotras somos madres y que damos vida a ellos y a ellas; la verdad eso es más complejo, porque ellos están pendientes y saben como debe ser la madre y ella para ser madre su primer ejercicio es aceptar su dulce condena, porque el deber de la violencia fuerte y de la palabra, es masculina. O como me comentó Pedro, eso son solo los implícitos que gestionan nuestro devenir, que se convierten en una rutina inadvertida.

María supo qué era lo bueno, lo bello y lo verdadero, cuando estuvo en Abibe, Ayapel, Yupe y Yupecito; en esa serranía vio la danza de la creación, al fondo, el mar se separaba del firmamento y daba comienzo, a todos los vientos, entonces ella, María, era la primera mujer, y los dioses de todos los tiempos le tendieron semillas para ser esparcidas por todos los campos, se preguntaba ¿Qué podrán ser todas las fuerzas del mundo frente a esta gran alegría de abrir nuevos caminos? Así se quedó dormida un rato y cuando despertó bajó corriendo a remontar el río Sinú, convencida de su decisión.

Después de que se fue de la casa y aprobó su primera preparación en el monte, se pasó a vivir al 20 de Julio, al regresar a la ciudad no pudo evitar recordar a sus padres, no sabía si aún vivían en la misma casa; pero ya tomada la decisión no podía volver y menos que supieran que regresaba, no sólo por su seguridad sino la de ellos. El ruido de la avenida Caracas, el pitar de los carros, y el comercio le hicieron saltar el corazón ¡Qué ganas de vitrinari! como decimos allá en el monte.

-Cuando llegue a Bogotá, comeré bizcochos, mientras observo las vitrinas, para antojarme con esas

cosas lindas de la pequeña burguesía.



El edificio Colpatria encendía y apagaba su anuncio. Vio que eran las seis y media de la tarde. La gente apretujada caminaba por lado y lado de la avenida y ella pensaba: si mi papá no está de viaje y viven en la misma casa, debe estar pronto a llegar; pero aparecieron en su mente las aburridas pelotas de los papás, sus juegos de autoridad. Supo que su decisión fue lo mejor.

En el 20 de Julio vivió con Jorge, Alfonso y Carlos. Igual que en la casa, le tocaba hacer mucho oficio. Allí viviría un tiempo, pero estudiando. Alfonso, su novio, preparaba la radio que se montaría en Chía, ella con Carlos y Jorge hacen las reuniones en el barrio para conseguir más gente que estudie la situación del país; además, para que colaboren con el periódico que se lleva al sindicato y exige mucho trabajo.

Nos han pedido prudencia, porque los del 20 que nos llamaron quieren mantener la organización en el barrio con interés educativo-político y no militar, aunque hay que mantener los fierros aceitados, pero bien escondidos. Pronto llegarán otros compañeros del monte para aclarar más las tareas a seguir en la ciudad y poder tener sitios sin problemas. Todos deben estudiar, deben, también, evitar ser detectados, hay que ser como una familia más del barrio y eso es fácil. Ella, dócil, silenciosa, confirmando su estereotipo, depreciándose a sí misma, condenada a la subordinación y postergándola para después de la revolución donde todo cambiará.

Alberto, el hermano mayor, conforme crecía en estatura, sus ojos negros se iban poblando de pestañas largas y un espíritu volcánico calculador, con una malicia inteligente que inspiraba la misma fascinación y el mismo miedo que infunde a sus víctimas una mirada que ataca; llevaba el uniforme que en ese tiempo a unos despertaba malos augurios y a otros seguridades malévolas.

En Montería, el calor del Caribe era constante, Alberto no soportaba la camisa del uniforme. Llevaba un año en el ejército. Fue de los primeros profesionales que se enrolaron, siempre militó entre los conservadores, ellos eran más pocos, tenían plata y así se podía repartir

mejor; esa era una parte clave de su personalidad, buscar plata: desde pequeño vendió helados, gallinas y hasta contrabandó cigarrillos. Se la rebuscó. Salió de la universidad como abogado. Le encomendaban una misión a realizar en Bogotá, el estado de sitio era más serio, menos mal así ganaba más sueldo como militar. Tenía rabia porque había perdido en el Sinú a su mejor amigo en un enfrentamiento con la guerrilla. -Si encuentro esos bandidos los mato.

María y Alberto caminaban hacia lo desconocido: la guerra y con seguridad la muerte; pero con el pasar del tiempo se desataron incidentes para ellos inesperados. Alberto, mientras caminaba por la avenida primera de Montería, esa que sigue paralela al río y que da frescura en las horas de la tarde, iba pensando si lo trasladaban a la brigada en Bogotá cuando vio a lo lejos a una flaca, era María, su hermana, más flaca de lo que la recordaba; no podía creerlo, después de que ella se había ido de la casa fueron muchos los rumores acerca del lugar a donde se había ido; sus papas y él la buscaron poco, ya estaban cansados pues era la tercera vez que se escapaba: primero como monja, luego a casarse; cualquier cosa por salir de la casa. Claro, ese día que ya no amaneció con ellos, oyó que su mamá hablaba con la vecina y le comentaba: esa chivata estaba furiosa, imagínese que quería seguir estudiando y perdiendo el tiempo en el colegio, con el oficio que tengo en la casa, eso de invertirle ¿para qué? Si se casa con ese muerto de hambre con el que anda, 'el que se casa, busca casa y morralito para la plaza'. No, se fue a vivir con una amiga. ¡Qué val se dejó convencer de esos muchachos y se sumó a la guerrilla. Así, supo que no volvería.

Alberto la llamó pero María siguió más rápido y tuvo que alcanzarla. La cogió del brazo y la invitó a tomar algo, no sin antes decirle -qué facha en la que andas, no cambias... ¿Qué haces ahora? ¿Por qué estás aquí? Ella no supo que decir, la asustó oír ese nombre desde un uniformado, creyó que la habían pillado. Recién bajaba del Sinú y desde que se fue de la casa ya no se llamaba María y se dio cuenta que no se reconocía a sí misma como María. Miró a los lados esperando que nadie hubiera oído y con gesto involuntario rechazó a Alberto y le dijo: - hablamos en la próxima cafetería.

Caminó lenta y por un momento todo se derrum-

bó ante sí, su seguridad, su certeza de no ser conocida por nadie, su caminar de mujer sin historia, viviendo el momento. Hoy Ruth aquí, mañana Tania u Olga en otro lugar, sin mirar atrás ni para coger impulso, como nos decían, siempre con una tarea por cumplir, segura de su que hacer. Tomó aire y quiso controlar la situación, por eso solo atinó a decir: -en la cafetería, temerosa de lo que podía significar que la vieran, hasta traidora le podrían decir. Pensando en esto se demoró un rato en la puerta, esperando que pasaran dos transeúntes que iban en la misma dirección. Quería terminar cuanto antes la charla con su hermano. Entró, al oír de nuevo esa voz su memoria reaccionó y todo fue, en un instante, familiar. Se sentó frente a él, se miraron, se volvieron a parar y hasta se abrazaron por un instante, no pudieron esconder un gesto de emoción mutuo, tomaron una bebida y ella le dijo: - Tu tampoco cambias, tan sobrado, tan bien puesto y, para variar, después de estos años sólo se te ocurre regañarme y opinar sobre mi pinta. Él le contó donde vivía y lo que hacía, ella hizo algo parecido. Claro, cada cual tuvo sus cuidados, pero ambos sabían perfectamente lo que pasaba. Quedaron de verse en la noche, no sin antes ella advertirle que no fuera con uniforme y cuáles eran los pasos a seguir para salir de la cafetería.

María estuvo agitada el resto del día. Toño el compañero que la esperaba, notó su demora, ella sólo le comentó que había caminado por la avenida del río tratando de volver a adaptarse a la ciudad, al cemento y al agite del puerto. -Menos mal, decía Toño -yo pensé que algo había pasado en Tierralta, dicen que los del ejército están furiosos y que ya tendieron el cerco. Mi idea es dejarte rumbo a Bogotá sin contratiempos. Déjame descansar en un hotel yo viajo mañana y sé que todo va a salir bien. En la noche se vio de nuevo con Alberto, lloraron, se rieron de nuevo, se despidieron y se prometieron no volverse a comprometer en trabajos uno cerca del otro. Era lo mejor que podían hacer, para evitarse problemas mutuamente. Él le comentó que cuando se fue al ejército tuvo que negar que tuviera otra hermana, porque eso investigan todo, realmente parecía dolido. Su encuentro era sublime ya ninguno de los dos se sentía enemigo, sólo sabían que así era y no más, cada uno cumplía con su deber y protegía su honor.

Años después Alberto y María se volvieron a encontrar en circunstancias desafortunadas, pero ya no hubo duda: se cambió su uniforme y fue, con tiempo a avisar a María que su misión ahora era allanar su casa, se estremeció cuando detrás de ella lo observaban los ojos de dos niñas que ya caminaban. Ella lo escuchó y les dijo a las niñas -No se preocupen, él es compañero, pues no podía aclararles que era el tío- ambos lloraron en silencio y de nuevo cogieron sus caminos. Sin embargo, esos momentos le enseñaron a ambos que ya los enemigos de juventud se habían desfigurado, todo era distinto, continuar en la guerra tuvo otro sentido, ahora la adelantan de manera rutinaria, escépticos.

Magdalena, la menor, tiene el músico del padre, recuerda los cantos dulces de mi madre pero reconoce que ella nunca nos acarició. Es algo poeta como Víctor, a veces tiene la fuerza de María y algunas ideas de Alberto porque como él, consideraba la guerra necesaria

porque había mucha gente y la comida no alcanzaba para todos. A ella, le tocó vivir la otra migración de mis padres, hacia la provincia, la huida de María los alertó sobre la

situación en Bogotá.

Magdalena siempre hace lo mismo, aunque no tiene patrón mantiene el arribismo de Alberto. Recuerda que su plan es como el de su madre, educar a los hijos a la americana -cada cual consigue y paga su cuenta. Hoy paga sus sueños gozando sus contradicciones convencida de las paradojas de la vida. A ella Alberto la llevó a la universidad donde él estudiaba y le fue mal. Por eso decidió irse a la universidad donde estudiaba María que estaba mas cerca de lo que ella pensaba.

Magdalena recuerda que cuando la mamá se iba Alberto administraba el dinero y ejercía la violencia propia del carácter del padre, pero también compraba lo necesario, le preparaba fríjoles con canela y hasta le conseguía toallas higiénicas. Ella, al igual que María entregó todos sus secretos a Víctor.

En 1984, en el fuerte calor de Montería, un soldado golpea en la casa del capitán Alberto. La mujer

abre la puerta. -Mi capitán, señora- ¿Para qué? Responde ella. -Es que llegó un parte al batallón y dice que el papá murió esta mañana. Ella se va a buscarlo y no sabe cómo comentar lo que sucede. El ya llega a la puerta, el soldado se pone en posición de saludo y le dice: -Mi capitán, el parte dice que su padre ha muerto. Alberto Viaja en el avión con Magdalena, cada uno en una ventana con la cara pegada a ella. Esperando ver en lo alto el último adiós del padre. Por primera vez el capitán llora. El padre, empleado público, dos veces desplazado, temeroso de lo militar y de las armas, muere. Ahora, en la rutina que no acaba, el padre que lleva el mismo miedo, va vestido de oliva, es capitán, desplazado se aleja a crear una nueva familia.

La madre y Magdalena acuden a María, ella acostumbra a los retos le parece que es fácil saldar todo un ayer, se acercan, intentan la amistad, ella regresa y descubre que ahora asume el papel de los patriarcas que huyeron y que aún no sabe si regresarán, o quizás ya esta ahí, con ellas, en la rutina inadvertida.